

Por una ética erótica

Sádaba, Javier: *Ética erótica: una manera diferente de sentir*, Península, 2014, 190 pp.

El último trabajo de Javier Sádaba sobre ética, lleva por título “Ética erótica”. Provocativo título, con no menos provocativa y sugerente cubierta de gozoso perfil femenino, en tonos negros y naranjas, que recuerda, invirtiendo los colores, a la cerámica griega de origen corintio caracterizada por el protagonismo de la bella figura humana. Esa figura humana que es la única realidad existente, pero figura gozosa, como pretende Javier que sea la vida, y que nos remite con la imaginación a la cuna del pensamiento libre, a la Grecia clásica, y, también, al lugar donde primigeniamente se pretendió la libertad en los deseos. Con este libro de estos rasgos formales, preludio de un análogo contenido, Javier Sádaba parece querer ponerse el mundo por montera, y rechazando cualquier tentación de convencionalismo social, dejar volar libre su pensamiento, e invitarnos a una forma más dichosa de vivir con ética:

«Si, por otro lado, hacemos caso a las neurociencias, nosotros, salvo durmiendo, e incluso durmiendo, poseemos “emociones de fondo”, como las llama António Damásio. Lo que quiere decir es que nuestro estado anímico nunca es neutral, algo que ya Epicuro intuyó. Y es que siempre nos encontraremos, aunque la diferencia sea imperceptible, mejor o peor. Si esto es así, y dado que la música de fondo influye no poco en nuestro talante diario, sería aconsejable crear las circunstancias o contextos que hagan aflorar las pasiones alegres, que decía un filósofo, quien, ciertamente, no destacaba por su alegría. De esta manera, la Vida Cotidiana sería mucho más llevadera. Y de esta manera deberíamos preocuparnos por manejarla, no dejarla al vaivén de los acontecimientos. Dicho de una forma que desarrollaremos más adelante, tendríamos que sensibilizarla, colocarla en estado de alerta y erotizarla de tal manera que las escamas de la tristeza impuesta fueran cayendo».

Lo que a grandes rasgos define el libro de Javier Sádaba, lo que para nosotros le otorga novedad, originalidad, singularidad y, sobre todo, frescura, mucha frescura, es el hecho de que con él consigue darles carta de naturaleza a los deseos, a la erótica de la vida, esa parte de la condición humana tradicionalmente tan maltratada por el pensamiento. Javier les confiere a los deseos un estatuto digno, los ennoblece y los convierte en merecedores de regir también la vida misma.

Por otro lado, creemos que “Ética erótica” plantea un discurso disonante en medio de la actual melodía armónica de la reflexión filosófica, que, tristemente, tiene mucho de reflexión políticamente correcta. En cierto modo, podemos decir que participa nuevamente de ese impulso iconoclasta que ha solido acompañar, con bastante frecuencia, al pensamiento sadabadiano. Sin embargo, debemos apresurarnos a añadir que la iconoclastia tiene cabida en el pensamiento de Javier Sádaba sin que por ello renuncie a la ponderación que también acompaña invariablemente a su obra, como buen discípulo del anciano maestro Aristóteles, siempre presente en el trasfondo de su reflexión. Y es así, fundamentalmente, porque, emulando al viejo filósofo, Sádaba maneja con acierto el don de las proporciones, y por ello, mezcla, como buen gourmet, en un guiso para paladares exquisitos (que no elitistas): deseos, sentimientos y razón, como ingredientes esenciales de esa ética feliz que nos propone.

Seguramente nos preguntaremos qué elementos de los que nos constituyen como seres humanos ganan espacio, cobran protagonismo, en esta nueva “Ética erótica” de Javier Sádaba, y la respuesta necesariamente coincide con los capítulos del libro. Ellos nos van a hablar de la sensibilidad, la imaginación, la sexualidad y el humor. Elementos que, entrelazados o fundidos, puede decirse que engendran, fruto de ese *ménage a quatre*, y permítasenos la licencia erótica, el capítulo final que lleva el bello título de “Una manera diferente de sentir”:

Con respecto a la sensibilidad, elemento que le permite incursionar en el ámbito de las neurociencias y de la biomedicina por las que Javier Sádaba se muestra enteramente seducido, llama la atención la encendida defensa que hace de los sentidos y, especialmente, del sentido del olfato. Recorre Javier, con cierta dosis de poesía, los significados metafóricos de los sentidos, y no elude hablar del sentido común, para alcanzar, en un paso más, el territorio de los sentimientos y acabar afirmando que existe «un sentimiento que a todos los engloba y que consiste en sentirse a gusto con uno mismo».

Cuando Javier se adentra en el territorio de la imaginación busca inmediatamente con su mirada el icónico mayo francés: «la imaginación al poder», pero sobre el famoso mayo lo que queremos destacar es que, quizás, todo el contenido del libro viene a coincidir con el repetido pensamiento de Gilles Deleuze que defiende que «Mayo del 68 no tuvo lugar, está por venir». La imaginación, seguramente, representa, mejor que ningún otro de los capítulos de esta obra, algo en lo que Javier Sádaba insiste apasionadamente siempre, y es que para él somos fundamentalmente «seres de posibilidades», la posibilidad, por fortuna, es nuestro inconmensurable horizonte vital.

Después de leer el capítulo que Sádaba le dedica a la sexualidad, la impresión que con más fuerza queda retenida en nuestra alma, y usamos “alma” entendida desde la definición que nos da el autor, como «la capacidad de vibrar con todo nuestro cuerpo, de abrir todas las ventanas de nuestro ser, de captar todo lo que, rodeándonos, nos pueda otorgar mayor felicidad», es la de desdramatización, libertad y respeto, tres condiciones del sexo que pareciendo consustanciales a él, están mucho más por conquistar de lo que seguramente nos creemos.

Si hay alguien que defienda el humor como forma de vida es Javier Sádaba, a lo largo de su obra ha reflexionado muchísimo sobre esta benéfica capacidad tan humana, y casi podemos afirmar, tras el repaso al capítulo que le dedica en este libro, que Javier entiende el humor como el único antídoto posible contra la misma vida.

En lo relativo a esa nueva forma de sentir que propone Sádaba no podemos dejar de mencionar la interesante reflexión que realiza Javier en torno a la estética y su vinculación con la buena educación, porque el buen gusto, el saber estar y la elegancia interior tienen mucho más que ver de lo que nos pensamos con ese ideal de armonía que propugna Javier Sádaba, y que se sustenta en una compensación óptima entre deseos, voluntad y sensibilidad.

Otra interesante aportación del libro de Sádaba radica en la actualizada y renovada presencia en el texto de importantes filósofos contemporáneos. En este último aspecto que señalamos destaca singularmente la relectura que Javier hace de Wittgenstein, continua veta intelectual para él, y, concretamente, de la idea wittgensteniana de pensar con imágenes, frente a la convencional idea de concepto cerrado. Creemos que en este mismo sentido debemos remarcar las resonancias del pensamiento marcusiano que aparecen en el libro, y su relación, por ejemplo, con W. Benjamin en cuanto a la idea del endiosamiento del consumismo, dios concebido por el capitalismo inmisericorde, aun cuando a Javier lo que más le interese de Marcuse sea “El hombre unidimensional”. Es para Sádaba ese hombre «que se desposee o le desposeen, de su individualidad y se transforma en un hombre-masa», pero ante esta triste realidad lo que Javier propugna es la conquista del difícil equilibrio entre la conciencia individual y el sentirnos coparticipes de lo que sucede en la comunidad, y así aprender a ser «uno entre todos».

No queremos acabar sin destacar un rasgo que nos ha parecido muy simbólico de lo que pretende Javier Sádaba con este último libro suyo, esa pretensión de libertad de pensamiento, que también desea que sea contagiosa, y es que gran parte de este libro está escrito en primera persona del singular, como también lo estuvo, hace algún tiempo, su valeroso libro “Saber vivir.”

María del Olmo Ibáñez
Universidad de Alicante